

ANT-XIX-1284/4

MANUEL DEL PALACIO.

---

# EL HERMANO ADRIAN

LEYENDA

---





EL HERMANO ADRIAN.



19 cms.

R. 70.169

MANUEL DEL PALACIO.

---



# EL HERMANO ADRIAN

LEYENDA

---

MADRID	SEVILLA
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ	LIBRERÍA DE HIJOS DE FÉ
CAR. S. JERÓNIMO, 2.	SIERPES, NÚM. 104

1881

—  
Es propiedad del autor

---

Imprenta Central á cargo de Victor Saiz, Colegiata, 6.

AL INSIGNE PINTOR SEVILLANO

JOSÉ VILLEGAS

*dedica esta leyenda*

EL AUTOR.



---

---

# EL HERMANO ADRIAN.

---

## LEYENDA.

---

### I.

Como sale apresurado  
al abrirse la colmena  
tropel alegre y confuso  
de bullidoras abejas,  
así al caer de una tarde  
de otoño, lluviosa y fresca,  
salieron ocho ó diez mozos  
alborotando por treinta,  
de un caseron sucio y negro,  
aunque de noble apariencia,  
que del arrabal de Córdoba  
daba sombra á una calleja.

No era ya de los Califas  
la espléndida Corte aquella,  
pues iba á espirar el año  
de mil quinientos setenta,  
pero aún, sultana del Bétis,  
por su hermosura y riqueza  
embelesando los ojos  
dejaba al alma suspensa;  
que á ésta y aquéllos á un tiempo  
brindaban encanto y guerra  
de sus jardines la pompa,  
de su suelo la opulencia,  
el valor de sus galanes,  
y la gracia de sus hembras.  
Y á correr tales peligros  
y á gozar tantas bellezas  
una falange de artistas  
labró su nido resuelta  
en los rotos murallones  
y en las cúpulas soberbias  
de la ciudad que algun dia  
fué del Occidente reina.  
Genios de doradas alas  
que el sol de la gloria quema,  
que de esperanza se nutren,  
que con imposiblès sueñan,  
y que al declinar la tarde

ya acabada su tarea,  
del sabio Pablo de Céspedes  
desierto el estudio dejan,  
llenando al pasar la calle  
de suspiros y ternezas,  
cantares y carcajadas,  
juramentos y blasfemias.

---

Iba tendiendo la noche  
sus cortinajes de niebla,  
cuando del alegre grupo  
destacóse una pareja  
que abandonando la turba  
tomó dirección opuesta.  
Dos mancebos la formaban  
casi de igual apariencia,  
por más que el uno tenía  
faz desdeñosa y morena  
que iluminaban á ratos  
dos ojos como centellas,  
y el otro el semblante dulce  
y la rubia cabellera  
de un querubín arrancado  
del tríptico de una iglesia.  
Ninguno, de veinte abriles  
pasaba, según las señas,

y unidos en lazo estrecho  
de amistad segura y tierna,  
ambos con mucho de artistas  
y no poco de poetas,  
de Céspedes, su maestro,  
los dos predilectos eran.  
Por Agustín del Castillo  
contestaba el de faz seria:  
el rubio, infeliz expósito,  
llamábase Adrian á secas.  
En silencio y muy de prisa,  
después de bastantes vueltas,  
llegaron por fin del río  
hasta la margen amena,  
y allí las capas tendiendo  
sobre la alfombra de yerba,  
que de la reciente lluvia  
aún conservaba las huellas,  
este coloquio entablaron  
juntando las manos diestras.

—«Hablaste con ella, Adrian?»

—Debajo de su ventana  
me sorprendió la mañana,  
pero fué vano mi afán.  
De sus padres al rigor

su voluntad encadena.

—¿Y va á casarse?

—Con pena.

—Te engaña, Adrian, con amor.

No hay fuerza ni tiranía  
que el cariño no quebrante,  
ni toma ningun amante  
mujer en quien no confía.

Ave pasajera ha sido  
que da al viento su cantar;  
tú la enseñaste á volar  
y vuela léjos del nido.

—Mas ¿no conoce la ingrata  
que es ella mi vida entera?

—¿Cuándo ha tenido la fiera  
lástima de aquel que mata?

Jugó con tu corazon  
y ganó; su ejemplo toma;  
te ha herido como paloma,  
véngate como leon.

—No puedo, Agustin, no puedo;  
en el afan que me inspira,  
quererla, me enciende en ira,  
olvidarla, me da miedo.

Díme, pues, si es la verdad  
lo que me anuncia tu labio;  
díme que con torpe agravio

no ultrajas su castidad;  
y despues de bendecir  
al que noble me amparó,  
si dejar de amarla no,  
podré dejar de vivir.

—¿Aún lo dudas?

—¿Qué he de hacer?

—Pues da tregua á tus enojos,  
porque con tus propios ojos  
lo vas esta noche á ver.

—¿Esta noche?

—Te lo juro.

—¿Y cómo?

—Es cosa sencilla,  
que tiene el sueño la villa  
muy pesado y muy seguro.  
Todo de mi cuenta corre;  
á las doce, y muy alerta,  
búscame de la Malmuerta  
junto á la arábiga torre.  
Una vez allí los dos  
yo tu duda aclararé;  
no faltes.

—No faltaré.

—Entónces, adios.

—Adios.»

Y dejando en soledad

la oscura y triste ribera,  
ambos con planta ligera  
perdiéronse en la ciudad.

---

Empujadas por el viento  
se rasgan las nubes negras,  
abriendo paso á la luna  
que sus perfiles argenta.  
Han sonado ya las doce,  
apagándose con ellas  
los rumores en la calle,  
las luces en las viviendas.  
Sólo dos sombras confusas  
se ven en una plazuela  
contigua á la vieja torre  
llamada de la Malmuerta,  
cuyas dos sombras calladas  
que dos mancebos semejan,  
ya escuchando se detienen,  
ya inquiriendo se pasean.  
De pronto, tras de una esquina  
en el muro se repliegan  
y sus miradas dirigen  
hácia una ventana estrecha,  
donde al fulgor de una lámpara  
vaga imágen se proyecta.

Es una mujer; su aspecto  
denuncia su gentileza,  
que al interrogar ansiosa  
con los ojos las estrellas,  
su faz y la de la luna  
disiparon las tinieblas.

Turbada está y pensativa  
como quien teme ó espera,  
y sabe Dios cuánto tiempo  
le durara la tristeza,  
si un sordo rumor de pasos  
que por instantes se acerca  
no convirtiese en carmines  
de su tez las azucenas.

Tres exclamaciones mudas  
que el alma robó á la lengua  
al mismo compas dijeron:  
—¡amor!—¡castigo!—¡vergüenza!

Pronto llegó el embozado  
de su esperanza á la meta,  
y á una señal convenida  
la niña, con mano diestra,  
lanzó á la calle una llave  
que botó contra las piedras.  
No tuvo, con todo, tiempo  
el galan de recogerla,  
que otro embozado á tal punto

el pié poniendo sobre ella ,  
—«¡Atras!—exclamó con ira,—  
y descúbrase quien sea,  
que es oficio de ladrones  
ir á caza de estas prendas.»  
Sonó un grito en la ventana,  
surgió otra sombra siniestra,  
y dos espadas desnudas  
relampaguearon inquietas.  
—«¿Qué haces, Agustin?

—Vengarte,—

contestó una voz resuelta.  
—Reñid, pues, y no uno á uno;  
para los dos tengo fuerzas.»  
Y hablando el desconocido,  
la capa arrolló á la izquierda  
y en la pared apoyándose  
dió principio la pelea.  
Mas al ver Adrian su rostro  
donde la luna refleja,  
entre los dos combatientes  
lanzóse, con tal demencia,  
que herido por un acero  
cayó desplomado en tierra.

---

En esto á abrirse empezaron  
los balcones y las rejas;  
algun vecino celoso  
echó al aire la linterna;  
dieron chillidos de espanto  
ó de envidia las doncellas,  
y de ronda ya cercana  
trajo el aviso una dueña.  
Detras del feliz amante  
se oyó crujir una puerta,  
y Agustin al verse solo  
con su amigo, que no alienta,  
levantándolo en sus brazos  
cual si tierno niño fuera,  
en silencio y muy de prisa  
ganó la oscura calleja.

---

Gotas de sangre en el suelo,  
una llave casi nueva,  
mucho corrillo en la plaza,  
y mucha boca indiscreta,  
eso halló no más la ronda  
cuando armada y soñolienta  
llegó al lugar del suceso  
con su alcalde á la cabeza.

## II.

De un convento las campanas  
sin intervalo repican,  
que hacen en Córdoba fiesta  
los hermanos Carmelitas.  
Por donacion de un devoto  
se ha fundado una capilla,  
y ya el altar concluido  
se bendice en este dia.  
El lienzo que lo decora  
una cruz tiene por firma,  
y ha servido en él de asunto  
*Magdalena arrepentida.*  
Dicen que es de autor anónimo  
los curiosos que lo admiran,  
y hallan extraño se oculte  
quien es tan insigne artista.  
La pecadora sublime

rezando está de rodillas,  
siendo su templo el recinto  
de una caverna sombría,  
un crucifijo y un cráneo  
los que su oracion inspiran,  
su lecho la dura piedra,  
su descanso la vigilia,  
el cielo su juez airado,  
y su verdugo ella misma.  
Nunca á perfeccion tan alta  
llegó la belleza física,  
como en aquella pintura  
de los ojos maravilla.  
A traves de los harapos  
se ve un alma que palpita,  
que vive, y recuerda, y siente,  
y ama, y espera, y confía.  
De aquel demacrado rostro  
en las virginales líneas,  
inútilmente se buscan  
las huellas de la lascivia;  
todo lo borró el encanto  
de la aspiracion divina,  
cual ola que á cada embate  
deja la arena más limpia.  
Ya va llenando la gente  
la anchurosa galería,

ya el sacristan los atriles  
dispone para la misa.  
Por llegar junto á la verja  
los más impacientes lidian,  
y hay quien llega sin pensarlo  
porque á la fuerza le obligan.  
Uno descuella entre todos,  
uno á quien cuantos le miran  
abren paso, hasta ponerle  
el primero de la fila.  
Tras él avanza una jóven  
de negras tocas vestida;  
ambos se paran á un tiempo,  
y al cuadro elevan la vista.  
—«¿Qué os parece, señor Céspedes?»—  
dice el sacristan con risa;  
—oiga yo de vuestra boca  
si es tan bueno como afirman.  
—Pues digo,—exclama el maestro,—  
que del pintor tengo envidia,  
y que, ó debe ser Ticiano,  
ó vive Adrian todavía.»  
Bajó la dama al oirle  
la frente descolorida,  
y en el rincon más oscuro  
se escondió de la capilla,  
mientras Céspedes, teniendo

la mirada en ella fija,  
murmuraba:—«Se parecen  
como dos granos de mirra,  
pero uno corrompe el aire,  
y el otro lo purifica.»

—«¿No viene, hermano, á la fiesta?  
ya el esquilon nos avisa,  
y entra el guardian en el coro  
con cantores y organistas.  
Tomar parte en vuestro triunfo  
la comunidad ansía,  
que la habeis donado un lienzo  
que, más que lienzo, es reliquia.  
—Basta, hermano, y perdonadme;  
rendido estoy de fatiga,  
y á orar me quedo en mi celda,  
ya que la oracion me alivia.  
En cuanto al lienzo, es tan pobre  
que, aunque el vulgo lo sublima,  
pienso que el último sea  
de cuantos pinté en mi vida.  
Todos los que en torno miro  
con el pasado me ligan;  
fantasmas son de unos sueños  
que hoy la realidad disipa,

---

y al recordarme mi gloria  
me recuerdan mis desdichas.  
Déjeme, pues, buen hermano,  
y mi dolor no le afija,  
que voy camino del cielo  
con mi corona de espinas.»  
Y esto diciendo, quedóse  
desfallecido en la silla,  
en tanto que el otro fraile  
al coro se dirigia.

---

Cuando ya solo en la celda  
se halló el jóven carmelita,  
levantóse, y del secreto  
de una papelera antigua  
sacó una carta cerrada  
y fuése al balcon á abrirla.  
Vieron desde allí sus ojos  
la ciudad y la campiña,  
el sol que del ancho rio  
doraba las puras linfas,  
y al mismo tiempo y muy cerca  
escuchó clara y distinta  
del órgano del convento  
la celestial armonía.  
Luégo, al sentir que una lágrima

le quemaba la mejilla,  
rompió de la carta el sobre  
y leyó con faz tranquila:

«Adrian: Estaré muy léjos  
cuando estas letras recibas,  
y en ellas quiero dejarte  
de mi amistad prueba escrita.

Desde la noche funesta  
en que la suerte enemiga  
de tu amor y mi venganza  
nos arrebató la dicha,  
no sólo velé tu sueño  
curando tu grave herida,  
sino que de aquella infame  
he sido constante espía.

Si al seductor en tres años  
mi acero no hizo justicia,  
fué recordando lo mucho  
que te amparó su familia,  
cuando en abandono triste  
huérfano y solo vivías;  
pero á la infiel me propuse  
por todas partes seguirla,  
pregonando sus maldades  
y haciéndola de él indigna.  
Esto es lo que he conseguido,  
y ya mi mision cumplida,

---

parto á Florencia y á Roma,  
que estudio y placer me brindan.  
No casará Magdalena  
con Don Rodrigo de Silva,  
quien siente de haberla amado  
vergüenza tan infinita,  
que en expiacion de esa culpa  
ha erigido la capilla  
donde pronto los cristianos  
alzarán preces benditas.  
No te envolverá en sus redes,  
porque Dios de ellas te libra,  
y de todos despreciada  
sufrirá en breve la inicua  
el rigor de los que lloran,  
y el desden de los que olvidan.  
Adrian, la gloria te espera;  
eres monje, fuiste artista;  
hoy puedes ser las dos cosas;  
mira al cielo, reza y pinta.  
Yo te animaré á la lucha,  
y cuando al pesar te rindas  
llama á Agustin del Castillo,  
que no faltará á la cita.»

---

Mordióse el fraile los labios  
en que brotó una sonrisa,  
hizo pedazos la carta  
poniendo un beso en la firma,  
y metiéndose en la celda  
con desusada energía  
cuadros, bocetos, apuntes,  
reunió en una inmensa pira,  
á los cuales aplicando  
una roja lamparilla  
que á un viejo Cristo alumbraba  
metido en una hornacina,  
hizo pabellon de fuego,  
y pirámide de chispas.

---

Cuando despues de la fiesta  
la comunidad reunida  
fué á dar al pintor su hermano  
enhorabuenas y albricias,  
halló un fraile moribundo  
sobre un monton de cenizas.

---

Años hace que de Córdoba  
visitando las ruínas  
en la oscuridad de un templo

---

fijé en un cuadro la vista.  
De una bella pecadora  
ser retrato parecía,  
y en él no se vislumbraban  
nombre, ni fecha, ni cifra.  
¿Era de Adrian la pintura?  
¿era Magdalena misma?  
nunca llegué á averiguarlo;  
pero aquel hermoso enigma  
aún, si á mi memoria acude,  
siento que el sueño me quita.

---





LA CALLE DE LA CABEZA.



---

---

## LA CALLE DE LA CABEZA.

---

(TRADICION MADRILEÑA.)

### I.

Desde un lugar de la Mancha  
cuyo nombre no recuerdo,  
vino á servir á la Corte  
Gaspar Antúnez, el tuerto,  
que, segun su padre, nunca  
sirvió para nada bueno.

Dos cartas en la chaqueta,  
dos duros en el chaleco,  
una navaja de muelles  
y un endemoniado genio,  
por equipaje llevaba  
cuando salió de su pueblo,

---

y con él, y mucho polvo,  
y algunos reales de ménos,  
entró de noche en la villa  
por el puente de Toledo.

Estaba oscura la noche,  
que el alumbrado es moderno,  
y de los tiempos tratamos  
del buen Felipe tercero,  
en que era Madrid un triste  
lugaron sucio y estrecho,  
alma mezquina de España,  
muy grande entónces de cuerpo.

A oscuras, pues, y sin guía  
recorrió nuestro mancebo  
callejas y callejones  
enmarañados y negros,  
hasta topar con las gradas  
de yo no sé qué convento,  
donde de puro cansado  
se dejó coger del sueño.

Y allí estuviera sin duda  
muchas horas, como muerto,  
pues de la muerte tenía  
la soledad y el silencio,  
si con él no tropezaran  
del ancho porton saliendo,  
un hombre de edad madura

y un alegre rapazuelo.  
De monaguillo de iglesia  
éste mostraba el aspecto;  
el otro era un padre cura  
de aire noble y rostro serio.  
Con un farol el más jóven  
iba alumbrando al más viejo,  
y por la luz atraído  
y por el golpe despierto,  
Gaspar alzó la cabeza  
vacilando como un ebrio.

—«¿Quién es?»—dijo incorporándose  
por un soberano esfuerzo.

—Nosotros,—repuso el chico;—  
con que salud, y hasta luégo.

—Y tú, ¿quién eres?—el cura  
murmuró con grave acento.—  
¿Qué haces aquí? ¿Por qué causa  
duermes fuera de tu lecho?

—Señor, la cosa es muy simple;  
soy en Madrid forastero,  
y como llegué de noche  
y ni hogar ni amigos tengo,  
rendido por el cansancio  
busqué reposo á mis miembros,  
y clementes, aunque duras,  
estas piedras me lo dieron.

—¿Y á qué vienes á la Corte,  
si no es decirlo indiscreto?

—¿Qué ha de ser? de colocarme  
la oportunidad acecho,  
ansioso de hacer fortuna  
sin reparar en los medios.

—¿Eres ambicioso?—Mucho.

—¿Y prudente?

—Así lo creo.

—Pues despiértate del todo,  
que asilo mejor te ofrezco,  
y con más luz y más calma  
hablar mañana podremos.»

Y el sacerdote delante  
y detras los dos mancebos  
de una angosta callejuela  
en la oscuridad se hundieron.

---

## II.

De los nobles distinguido  
y amado de los plebeyos,  
era don Gil de Mendoza  
cura mayor de San Pedro,  
en quien por igual lucian  
las virtudes y el talento.  
De esclarecido linaje,  
y á la vez rico y espléndido,  
pasó sus años de mozo  
en fiestas y galanteos;  
pero un amor malogrado,  
segun algunos dijeron,  
ó un oculto, segun otros,  
terrible drama doméstico  
de la noche á la mañana  
le trocaron por completo,  
y el espejo de galanes

fué á los ancianos espejo.  
Muchos meses vivió en Roma  
olvidando y aprendiendo,  
hasta que vino á su patria  
ya encanecido el cabello,  
y del Rey tomó un curato  
dando á los pobres el sueldo.  
Este era el buen sacerdote  
de Gaspar Antúnez dueño  
desde que le halló dormido  
sobre las gradas del templo,  
una noche que volvia  
de dar la Uncion á un enfermo.

---

Así las cosas se hallaban,  
cuando un desusado estrépito,  
se oyó en la casa del cura  
una mañana de invierno.  
Acudieron los vecinos,  
los golillas acudieron,  
y al entrar quedaron todos  
petrificados de miedo.  
Junto á la cama yacia  
don Gil de Mendoza yerto,  
la venerable cabeza  
cortada á cercen del cuello;

---

y las ropas en desórden  
y los arcones abiertos  
manifestaban bien claro  
de aquel crimen el objeto.  
Buscóse á Gaspar Antúnez  
con gran diligencia y celo,  
mas trabajaron en balde  
corchetes y cuadrilleros.  
Sólo á fuerza de pesquisas  
rastrear pudo un sabueso  
que de Portugal la ruta  
tomó el miserable siervo;  
y aunque hasta allí fué á seguirle  
de la justicia el empeño,  
cual gota de agua en un charco  
él se perdió en el misterio.

---

## III.

Diez años pasado habian  
desde el terrible suceso,  
que ya recordaban sólo  
los narradores de cuentos,  
cuando una hermosa mañana  
se paró frente de un puesto  
de los muchos que en el Rastro  
pagaban los carniceros  
un hidalgo de buen porte  
cuyo lenguaje y arreos  
de su patria y de su alcurnia  
no daban indicio cierto.  
Chocó á alguno su semblante,  
alguno extrañó su dejo,  
mas á nadie causó risa  
porque todos ver pudieron  
que aunque la capa era larga

por bajo asomaba el hierro.  
Antes bien con tono humilde  
muy diferente del gesto,  
—«¿qué busca vueseñoría?  
dijo el mercader atento.  
—Buen hombre, lo que buscaba  
en esa tabla lo veo;  
que ayer mandé mi criado  
por cabeza de carnero,  
y volvió sin ella á casa,  
lo cual me enojó en extremo.  
—¿Quereis la cabeza toda  
ó solamente los sesos?  
—Toda; con que ahorrad preguntas  
y pague esa dobla el precio.»  
Tomó la cabeza el rico,  
tomó la dobla el tendero,  
y los curiosos tomaron  
el tole muy satisfechos.

---

Dos ó tres hombres tan sólo  
en pos del hidalgo fueron,  
ó por llevar igual rumbo,  
ó por designio secreto.  
Pronto uno más, y otro, y otro  
aumentaron el cortejo,

porque á los no prevenidos,  
los cobardes y los necios  
el andar del embozado  
les daba mucho recelo,  
pues caminando de prisa  
sin apercibirse de ello,  
tras de sus pasos dejaba  
de roja sangre un reguero.  
Por fin un sordo murmullo,  
nube preñada de truenos,  
vino á sorprender al hombre,  
que parado y sonriendo  
preguntó á los más cercanos:  
—«¿Se puede saber qué es esto?»  
Un alguacil que á la turba  
escoltaba desde léjos,  
—«Señor,—contestó,—no es nada;  
mas tiene al público inquieto  
ver que al andar vais dejando  
huellas de sangre en el suelo.  
—Y es verdad, ¡Dios me castigue!  
¿no hay quien tenga á mano un lienzo  
y esta cabeza me envuelva  
que he comprado hace un momento?»  
Un grito, tan sólo un grito  
ronco, formidable, inmenso,  
como toque de agonía

resonó en todos los pechos.  
La cabeza que el hidalgo  
mostraba como un trofeo,  
era de Gil de Mendoza,  
cura mayor de San Pedro.  
—«¡Don Gil, don Gil!»—repetían  
cien y cien voces á un tiempo.  
—«¡A Gaspar! ¡al asesino!»—  
clamaban mozos y viejos.

Gaspar miró en torno suyo,  
sintió erizársele el pelo,  
y con él rodó por tierra  
aquel despojo sangriento.

---

Sentenciada está la causa,  
convicto y confeso el reo,  
la Plaza Mayor de fiesta,  
el patíbulo en su centro.  
Va á morir Gaspar Antúnez,  
y ántes del trance tremendo,  
pedir quiere á la cabeza  
el perdon que pide al cielo.  
De sus lágrimas movido  
accede el juez á su ruego,  
mas no merece el aleve  
sin duda tan alto premio:

---

Precio, CUATRO REALES.

---

21099